

Checoslovaquia en libros

Es una característica del libro en nuestro tiempo la de producirse en torno a los acontecimientos de actualidad o de cierta actualidad. Tiende a perpetuar el periodismo, y aún a corregirlo en el sentido de que el lapso entre acontecimiento y publicación es más largo y permite matizar las experiencias y las reflexiones. Ciertos acontecimientos se prestan más que otros al examen literario, porque son, por así decirlo, más «intelectuales». La revisión checoslovaca del comunismo y su posterior aplastamiento por el conservadurismo soviético es un tema que parece inagotable. Su examen y su análisis parece que ha de durar aún largo tiempo. Una introducción interesante al tema es «Checoslovaquia: un socialismo en evolución», en el que se recogen los documentos más importantes de la gran crisis, los textos de los prohombres del evolucionismo checo y el examen de los acontecimientos hechos por comentaristas del exterior (1). Hubiese sido muy interesante, dado el carácter documental de este libro, que se recogieran también las opiniones de «la otra parte», de la URSS y los defensores de la intervención, de los enemigos del evolucionismo. El único texto en ese sentido es la «Carta de los cinco», dirigida por Bulgaria, Polonia, República Democrática de Alemania, Hungría y la URSS al partido checo. El mismo carácter expositivo «desde dentro» tiene «El modelo checoslovaco de socialismo» (2) en el que se muestra el esquema histórico crítico de la crisis y se hace una síntesis del carácter de construcción institucional en que estuvo basado «el sueño checo de la comunidad humana de individuos libres y con los mismos derechos». En «La revolución rehabilita a sus hijos» (3), Eugen Löbl reconstruye el trágico proceso Slánsky,

en el que fue uno de los principales y desgraciados protagonistas, y fue condenado, al mismo tiempo que Artur London (que ha relatado también el proceso en un libro capital) a la pérdida perpetua de la libertad, mientras los principales en cartados —Slánsky a la cabeza— eran condenados a muerte. La libertad les llegaría en 1960, a los once años de su condena arbitraria, pero no serían rehabilitados hasta 1963.

SERIE COTIDIANA:

«La secuestrada de Poitiers»

Bajo la dirección de Ricardo Muñoz Suay, Tusquets-Editor ha iniciado la publicación, dentro de la colección "Cuadernos Infimos", de la Serie Cotidiana, con un título de André Gide, realmente sorprendente para el lector de hoy: "La secuestrada de Poitiers". Sobre un suceso que conmovió la opinión pública francesa a principios de siglo, del que podríamos clasificar, en lenguaje español actual, como propio de "El Caso", Gide desarrolla un informe, apoyado en una amplia investigación, con la voluntad de convertirlo en un revulsivo social. André Gide obedece a su profunda vocación de moralista, de escritor hasta cierto punto y, a veces, "comprometido", según la palabra de Sartre (recordemos su trabajo sobre el Congo), aunque, como muy bien sostiene Muñoz Suay, "no quiso llevar las investigaciones hasta las necesarias implicaciones últimas". En efecto, "su preocupación fundamental fue la de reflejar los acontecimientos sociales en sus circunstancias íntimas y más personales, y no en sus características políticas y económicas". Parece ser que este libro de Gide ejerció una gran influencia, según el testimonio de Buñuel al presentador, sobre los primeros surrealistas. No es preciso que subrayemos el gran interés del texto de Gide, cuidadosamente traducido al castellano por Michèle Pousa. ■ E. G. R.

«Se vende el sol»

Este médico canario, afincado en Valencia desde hace muchos años, que se llama Enrique Nacher, es un coleccionista de premios literarios.

Finalista en el Nadal con "Buhardilla", recibió luego el Premio Valencia, el Ondas, el Pérez Galdós, el Ciudad de Sevilla, el Sinergría y el Blasco Ibáñez. En este punto pocos escritores pueden igualarlo. La novela que acaba de publicar —"Se vende el sol", Ediciones Marté— ha sido finalista en el Premio Ciudad de Murcia, en 1969.

"Se vende el sol" se fundamenta en un problema muy actual: las contradicciones entre la invasión turística y la vida tradicional de los pueblos pequeños. Sobre esta base, Nacher perfila una serie de personajes, recogidos de la vida real, que encarnan una peripecia de indudable interés, académicamente descrita y seguramente común a todos los lugares transformados por la nueva industria. No es Nacher un novelista de vanguardia; se desenvuelve entre los límites de la vieja preceptiva sin aventurarse en el ensayo de nuevas fórmulas expresivas. Pero el conflicto en que se centra su novela está vivo en amplias zonas de nuestra geografía, y pocos escritores lo han planteado. De aquí que "Se vende el sol" ha de encontrar, en nuestra opinión, una excelente acogida.

TEATRO

Español: Ana Belén y «El sí de las niñas»

Por unos días, quizá a causa del poco interés suscitado por «La paz», de Aristófanes, «El sí de las niñas» ha vuelto al Español. Es, sin duda, una buena resolución, porque, con todo lo que indirectamente ello pueda significar, la obra de Moratín, y el montaje y la interpretación que de ella han hecho Miguel Narros y los actores del Español, constituye, hoy por hoy, el mejor espectáculo del repertorio de nuestro primer teatro nacional.

Recordar ahora la alta estima en que Larra tenía a esta

obra, o la significación crítica y progresiva del teatro de Moratín en el contexto social de su tiempo, quizá no esté de más, porque mucho me temo que «El sí de las niñas» parezca a bastantes un simple enredo sentimental, desarrollado con más o menos gracia y sabiduría teatrales y literarias. Error, por otra parte totalmente disculpable, pues la falta de «historización», la tendencia a situar las obras del pasado en una abstracción

así a la madre de su joven ex prometida: "Don Carlos y su hija de usted estaban locos de amor, mientras usted y las tías fundaban castillos en el aire y me llenaban la cabeza de ilusiones, que han desaparecido como un sueño... Esto resulta del abuso de la autoridad, de la opresión que la juventud padece; éstas son las seguridades que dan los padres y los tutores, y esto es lo que se debe fiar del sí de las niñas... Por una casuali-



Ana Belén.

intemporal, por desgracia, lo fundamenta.

«El sí de las niñas», en todo caso, y pese a ciertas divergencias en su interpretación —pienso ahora en los duros juicios antimoratinianos del progresista exiliado Alcalá Galiano—, se presenta hoy como el interesante testimonio dramático de una época. Las conductas de los personajes, sus ideas, lejos de agotarse en una convencional servidumbre a la trama, evidencian un cuadro de relaciones sociales. El viejo don Diego, definitivamente decepcionado ante el amor de doña Paquita y don Carlos, recriminará

dad he sabido a tiempo el error en que estaba... ¡Ay de aquellos que lo saben tarde!». Parlamento que, obviamente, va mucho más allá de la posible moraleja para alzarse como una esclarecedora acusación. La violencia sentimental ejercida sobre «doña Paquita», lejos de ser un caso excepcional, o siquiera el ejemplo de un tipo general de violencia, se instala en el cuadro mucho más ancho del «abuso de la autoridad» y «la opresión que la juventud padece». Si Moratín se ha limitado en este caso a una historia menor no por ello deja de dar pistas para que poda-

(1) «Checoslovaquia: un socialismo en evolución». Textos de Dubcek, Cisar, Ota Sik, André Gorz, Marco Macció, Antonín Liehm, Ludvík Vaculík, Eduardo Goldstücker y otros. Presentación de I. Astorga. Editorial Fontanella, Barcelona, 1969.

(2) Radoslav Šelucký: «El modelo checoslovaco de socialismo, economía socialista de mercado o peligro para las democracias populares?», traducción de Miguel y Enrique Paredes Larrea. Alianza Editorial, El Libro de Bolsillo, Madrid.

(3) Eugen Löbl: «La revolución rehabilita a sus hijos», traducción de Ulises Moulines. Ediciones Península, Barcelona, 1969.

nos hacernos una serie de preguntas mayores aplicadas a la visión general de la época. Un personaje como el de doña Irene, la viuda rica venida a menos, que no ve «otra salida» que la de casar a su hija con un anciano hacendado, vale por centenares de dramas. Muchos de los futuros problemas del teatro burgués —la eterna necesidad de guardar las apariencias— están perfectamente apuntados en los seudopiadosos discursos de la viuda, a través de los cuales se manejan todo tipo de retóricas genealógicas y máximas morales sin otro fin que participar en la hacienda —y el respeto social que ella comporta— del viejo don Diego, a quien quiere por yerno.

Lo válido, por otra parte, es que todo este cuadro de comportamientos se manifiesta a través de unos personajes llenos de vitalidad. Destacamos justamente aquí el buen trabajo del director Miguel Narros y de los actores Guillermo Marín, Javier Loyola, Ana Belén, Luchy Soto, Montserrat, Noé, Francisco Vidal y Juan Sala. La mayor parte de ellos consigue armonizar lo que hay de «juegos», de convención, en la obra, con el sustento real del conflicto.

Justo es, sin embargo, subrayar la especial calidad del trabajo de Ana Belén, la intérprete de la joven «doña Paquita» (en el original, «doña Francisca»), que, en mi modesta opinión, da en «El sí de las niñas» un paso decisivo en su carrera. En otras ocasiones —y es preciso recordar su Inés del «Tenorio»—, bien fuere por inexperiencia, bien por disparidad estilística respecto de los actores tradicionales a cuyo lado trabajaba, su labor solió ser una mezcla de posibilidades y de limitaciones. Esta vez no ocurre así. De un lado, la experiencia es mayor, y de otro funciona muy bien en el equilibrio de la obra, en las significaciones de su personaje, su superior vitalidad, su mayor frescura y emotividad. Para mí, la Ana Belén de «El sí de las niñas» recordaba a María Jesús Valdés, aquella joven y espléndida actriz que —cosas que pasan— dejó el escenario para casarse. Declaro aquí mi interés y mi esperanza por lo que Ana Belén pueda hacer en un inmediato futuro.

En resumen: una reposición bien traída, y una ocasión para mí de hablar de este espectáculo del Español, no juzgado, por concurrir con otros

títulos, a raíz del estreno. La reserva que podría hacerse al academicismo, al tono complaciente, a la no historización, de «El sí de las niñas» es difícil de precisar, porque corresponde a toda la política cultural del teatro Español y a las directrices generales del teatro oficial. Y lo que es justo decir en una crítica general de esa política quizá no lo sea del todo hablando de su mejor espectáculo de una larga temporada. ■ JOSE MONLEON

CANCION

Reencuentro con Atahualpa Yupanqui

«Tengo tantos hermanos que no los puedo contar, y una novia muy hermosa que se llama libertad».

Nuevo recital de Atahualpa Yupanqui en Madrid. Otra



En la Zarzuela.

vez la sala llena —la inmensa Zarzuela— para escuchar al poeta, músico y cantante. Otra vez, bajo los formalismos de un recital, la esperanza en muchos espectadores de ir «descubriendo» aquel fabuloso Atahualpa, cuyas canciones de protesta fueron secretamente populares hace algunos años.

Atahualpa no prometía ningún programa concreto. En su lugar declaraba que «prefero cantar lo que el corazón me dicte», lo que, al menos en teoría, hacia de los espectadores los verdaderos directores del recital. De nuestra atención y nuestros aplausos dependía, en efecto, que Atahualpa, dentro de ciertos límites preestablecidos, insistiese en unos temas o en otros. «Quiera Dios que me rodee un público afecto al intimismo, porque entonces yo podré decir mejor mis cosas», aventuraba. Y el público cumplió, porque Yupanqui fue pasando, poco a poco, de concertista a cantante y de cantante a confidente. De la preciosista y brillante interpretación a guitarra de melodías populares saltó a los temas líricos y a alguna que otra canción decididamente convencional, como ésa sobre el corazón argentino y el caminito español que cerró la primera parte. Luego, tras el corto descanso, el recital subía inmediata-

mente de tono y el público se iba entregando progresivamente a los nuevos textos y canciones de Atahualpa. El lirismo exuberante y un tanto peligroso de muchas de sus canciones iba siendo absorbido por la actitud cada vez más confidencial del artista y por la raíz crítica de los temas abordados. Atahualpa era, cada vez más, un hombre solitario y solidario, que nos remitía, mediante un proceso artístico creador, a los problemas y acentos de las clases populares de su tierra. De hecho —como ocurre con el buen cantante—, Atahualpa no era sino el catalizador individual y sensible de una realidad establecida, la mirada que ve y ordena, literaria y melódicamente, una problemática colectiva. Protagonista y testigo, sus mejores canciones dejaban de ser el resultado de una emoción individual, para ser la resonancia de un paisaje, unos personajes, una sociedad. De la «nana» a la burla de los «poetas» que hablan de la luna y olvidan las cosas de la tierra, pasando por el tema del «silencio» del pobre indio o la injusticia de que muchos campos pertenezcan «a quien no los sabe sembrar», todo contribuía a ir configurando una realidad, de la que Atahualpa sólo era su privilegiado intérprete. Los textos se recortaban, se ha-

En la muerte de Bertrand Russell

Un poco más solos

En 1914, al ser movilizado, dijo no, la guerra no pasará. Pasó. En 1927 dijo no, la hipócrita moral victoriana no pasará. Pasó. En 1954 dijo no, la bomba atómica no pasará. Pasó. En 1963 dijo no, la bota gigante norteamericana en Vietnam no pasará. Pasó. En 1968 dijo no, la bota gigante soviética en Checoslovaquia no pasará. Pasó. En diciembre de 1969 dijo no, la liquidación profesional de Soljenitsyn no pasará. Pasó...

Encarnó toda la esperanza, toda la noble rebeldía, toda la sed de libertad, de saber y de justicia que dormitan en el corazón del hombre. De su primera pasión por las matemáticas conservó siempre la extraña idea de que dos y dos son cuatro, pese a que los políticos venían demostrando fehacientemente lo contrario. Del pedestal glorioso de la meditación filosófica bajó humildemente al periodismo nuestro de cada día, y, viejo y enfermo, no vaciló a la hora de echarse a la calle para defender con los jóvenes una cierta idea del hombre. «Es un viejo lo-

co...». El eterno reflejo conservador, apoyado por una suficiente sonrisa irónica, funcionó automáticamente. Sí, era un viejo loco.

El viejo loco escribió con cuarenta años de anticipación un libro de moral sexual («Mortgage and Merals») que cualquier niño escribe ahora creyendo que está descubriendo la pólvora. Si la sociedad británica de los años treinta hubiera hecho un mínimo de caso al viejo loco, se habría evitado la brutal ruptura entre el falso mundo puritano y el nuevo, ruptura que, naturalmente, el viejo loco veía venir. Si al viejo loco se le hubiera escuchado sólo un poco, más de medio mundo hambriento se estaría alimentando ahora de calorías y cultura, y no de chatarra, de muerte.

Se fue el viejo loco, llevándose intacta su locura. Se ha serenado, al fin, su cabeza de pájaro asombrado. Y, como en aquel negro día de invierno que se llevó a Camus, nos hemos quedado un poco más solos. ■ PABLO DE LA HIGUERA.